



REVISTA QUINCENAL DE EDUCACION Y RECREO.

DIRECTOR: D. CARLOS FRONTAURA.

DIÁLOGOS DE NIÑOS.

LA VIEJECITA.

Creerán acaso los lectores de *Los Niños* que he roto ó interrumpido mis relaciones con aquellos ocho vecinitos que tuve el gusto de presentar en mi artículo del número 1.º de esta Revista.

Pues, si lo creen, están en un error.

Mis vecinitos son cada vez más amigos míos, y ellos son los que conversan con la viejecita que vá á pedir limosna á la casa en que ellos y yo habitamos.

Y no puedo menos de referir, porque honra mucho á mis amigos, lo que en la pasada Semana Santa han hecho.

La viejecita que, ántes de la Sema-

na Santa, iba la triste con una saya mugrienta, rota, asquerosa, mal cubriendo un mísero zagalejo amarillo, todo lleno de remiendos, sin medias, calzada con unas botas viejas de hombre, cubierto el pecho con un pañuelo que más parecía un guñapo, se presentó el Jueves Santo en el portal y en el jardín de nuestra casa, vestida de nuevo de piés á cabeza, que no cabía en sí de gozo la desventurada, y ya mis vecinitos no le hicieron el desaire de no recibir los besos que les dió con toda la efusion de su alma.

La viejecita, con su vestido de lana, muy bueno, su rica mantilla de blonda nada ménos, sus zapatos á la medida, sus medias sin costura, segun ponderó ella, porque ya supondrán Vds. que yo no se las ví, sus

enaguas nuevecitas, sus mitones de moda, su pañuelo negro muy cumplido, no parecía precisamente una reina, ni siquiera una duquesa, pero, ella lo dijo, el Jueves Santo, con ser la pobre tan pobrecita, fué el día más feliz de su vida. Y eso que la buena mujer ha sido en sus buenos tiempos gran señora, ha frecuentado la alta sociedad, ha recibido visitas de las personas más principales, y ha merecido la honra de ser bien recibida en el palacio Real, y en las casas de las familias de más alto rango de la Corte.

Pero, todas esas ventajas, hijos míos, con ser tan codiciadas y tan honrosas no producen tanta felicidad como una buena acción y el sentimiento dulcísimo de la gratitud.

La mujer sin ventura, despreciada de todos, olvidada por aquellas mismas personas que, en otro tiempo, colmáronla de adulaciones y lisonjas, abandonada en medio del camino de la vida, vieja, achacosa, fea, miserable, no podía soñar ya que hubiera en el mundo quien de ella se cuidara, y no esperaba más ventura que la de morir en brazos de la caridad, después de haber sido recogida en la calle, presa de un accidente epiléptico,—que no sería el primero;—y cuando, en tal situación se hallaba, cuando ya le faltaba muy poco para caer postrada de fatiga bajo la pesadumbre de su desgracia, encuentra ocho ángeles que le abrigan, le dan aliento, la levantan de

la tierra, la confortan, le hacen recordar que en el mundo existen el amor al prójimo, y el sentimiento de la caridad, regeneran todo su sér, y la arrancan de las tinieblas de la desesperación para iluminar su espíritu con la luz purísima de la esperanza.

La pobre viejecita ha sido feliz una vez en su vida, y los buenos niños, que han contribuido á tan meritoria obra, han pasado la Semana Santa muy satisfechos de su conducta, ventaja inmensa de los que obran bien sobre los que no se preocupan de las desdichas del prójimo.

Entre todos han comprado el traje de gala de la vieja, y más han hecho, porque han logrado que el dueño de la casa, hombre piadoso, facilite á la misma una habitación, que no es tan buena como la que ocupa la señorita Donadio, ú otra grande artista cuando viene á Barcelona, en una casa de huéspedes, pero está limpia, tiene sol, y una ventanita desde la que se vé mucho cielo y mucha tierra y mucho mar, como que está en el quinto piso; antes servía para guardar esteras, pero otras hay destinadas á este objeto, y la que ocupa ya la vieja se le ha podido destinar sin menoscabo de los intereses del propietario ni perjuicio de los inquilinos.

La vieja tendrá también en lo sucesivo una pensión, que no se la han votado las Córtes, sino los ocho niños sus vecinos. Entre todos le han asegu-

rado la módica suma diaria de diez y siete cuartos, y, por esta suma, la portera, que ya he dicho cuán buena es y qué caritativa, añadirá á la comida con que se regalan su marido, ella, su hijo y su hija adoptiva lo suficiente para que coma la vieja cosa que no le dañe, y contribuya á mejorar su salud, harto quebrantada por la miseria. Decidme ahora si es ó no es feliz, felicísima la viejecita. Dudo que lo sea tanto el hombre acomodado á quien le toque el premio grande de la lotería de los diez millones.

Los niños, eso sí, han exigido á la vieja que ha de seguir contándoles su historia, y ella les ha prometido continuárla, como verá el lector en los números siguientes.

Por supuesto que mis ocho vecinos, en esta Semana Santa pasada, no han faltado á los divinos oficios, han hecho muchas limosnas, han leído las bellísimas poesías que la muerte de Jesús y los dolores de María inspiraron á nuestros grandes poetas antiguos y modernos, y luego, en la Pascua, han salido al campo, contentos y venturosos, sin que el mas leve pesar, sin que la sombra del remordimiento amargue sus horas plácidas. Envidiosa felicidad la suya. Lo que vale esa felicidad incomparable lo conocerán cuando vayan alejándose de la risueña edad primera.

C. FRONTAURA.

PENSAMIENTOS.

La venganza legitima la ofensa; si os ofenden, perdonad: vale más que os deban algo, que deber á otros.

Un pobre es el medio de que Dios se vale para probar los corazones; compadece á quien no le socorre pudiendo hacerlo: así como las monedas falsas dejan en la piedra de toque un rastro de plomo, así el egoísta, apareciendo de oro, deja conocer el plomo que encierra al rozarse con un pobre, hijo de Dios como él.

No es tan profunda la mar como el abismo del mundo: si te revistes de la escalfandra (1) de la prudencia, podrás alcanzar

las perlas del fondo; mientras que fiado en tus propias fuerzas, si te echas al agua, te sumerges y mueres.

Nada debemos temer tanto como la realización de nuestros ardientes deseos.

¿Por qué?

Porque siempre deseamos más lo que ménos conviene.

No hay ser más hermoso que un niño bueno, dulce, caritativo, aunque sea feo.

No hay ser más feo que un niño malo, rebelde, mal intencionado y egoísta, aunque sea hermoso.

J.

(1) Armadura de que se valen los buzos para sumergirse sin peligro.

JESÚS.

Vedle, hijos míos, vedle recorriendo la Galilea.

Su divina palabra, su frase sencilla, ga-

lana y elocuente arrastra las muchedumbres, y su celestial dulzura, su irresistible encanto las lleva como uncidas á los pasos



del Salvador que las despierta, las instruye y las nutre con lecciones de santa caridad.

Escúchanle como á un oráculo sus discípulos, sus frases son comentadas, explicadas y retenidas fielmente por todos ellos, y sus acciones todas son un ejemplo vivo que les prepara para el sublime apostolado que están llamados á ejercer.

San Juan se distingue por su cariño, San Pedro por su fe, Santiago por su adhesión á la persona del Maestro: todos han dejado su hogar, su familia, sus ocupaciones por seguirle y por verle, por gozar del encanto de su doctrina, y van en pos de él como la sombra en pos del cuerpo, y le aman como el hijo ama á su madre, como

el alma ama la belleza y el bien que él simboliza.

Miradle: su día se acerca. Ha descendido de la esplendente altura del Thabor y baja con ellos por última vez á las risueñas llanuras de Galilea.

Sentado en una piedra del camino, á la sombra de aquellas seculares palmeras que con ramas abiertas le esperaban para copiar en sus frutos la dulzura de su divina voz, reposa de las fatigas del día, rodeado por las gentes que le siguen, y por el apiñado enjambre de los discípulos pensati-

vos siempre, y siempre impresionados con la idea que domina su espíritu:

—Maestro,—le dice Pedro,—«mientras reposais, decidnos: ¿cuál será el primero en el reino de los Cielos?

Y Él, volviendo la divina faz, antes de contestarle, atrae á sí á uno de aquellos niños que de continuo le rodeaban, y presentándole á Pedro le dice:

—«En verdad en verdad os digo que áun cuando fuérais dulces como la paloma, ingenuos como la misma verdad, ardiente como la misma fé; *si no os volveis como*



uno de estos pequeñuelos no entrareis en el reino de mi Padre.»

¡Como niños, hijos míos, como niños quería el Salvador puros, sencillos é inmaculados á sus discípulos!

¡Cuánto, pues, no debe ser vuestro empeño en conservar esas cualidades de las cuales os hizo modelo el Salvador mismo!

Amadle, queridos, amadle; y en su amor no lo dudeis jamás, en su amor encontrareis fuerza y apoyo para ser siempre lo que sois, lo que nunca debéis dejar de ser: los niños de quienes el Señor decía que serán los primeros en el reino de los cielos.

A. ANGUIZ.



LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

DOMINGO era el día siguiente, y Muhamad, vestido de verde, mandó desplegar su tienda roja que anunciaba las grandes batallas, y sentóse dentro de ella sobre un escudo, sujetando su caballo de las riendas, mientras sus tropas se desplegaban de nuevo en orden de combate, aunque inutilmente, pues quietos permanecieron los cristianos, prefiriendo santificar la fiesta á pelear, si bien reconocieron las fuerzas y posiciones de los musulmanes y redoblaron la vigilancia.

Cuando el sol comenzó á ocultarse, dieron los reyes sus órdenes para que los cristianos estuvieran sobre las armas al amanecer del día siguiente, 16 de Julio, festividad de la Virgen del Carmen. Á la media noche, el arzobispo de Toledo, obispos, canónigos, clérigos y frailes recorrieron las tiendas exhortando á reyes y soldados; todos oyeron misa, confesaron y comulgaron. Por medio de los heraldos se mandó que todos se armaran por la causa del Señor; sonaron clarines y atabales al romper el alba, y en movimiento se pusieron los ejércitos, ordenando las haces D. Dalmacio de Creixel. En el centro estaba el rey de Castilla, en el ala derecha el de Navarra y en la izquierda el de Aragon.

Muhamad Alnasir dijo:

—Ha llegado el momento de aniquilar á los cristianos.

Mandó desplegar sus fuerzas en forma de media luna y entróse en su roja tienda, que guardaban 40,000 negros, que tenían detrás trescientos camellos unidos y sujetos por medio de gruesas cadenas de hierro. El emir comenzó á leer en alta voz los párrafos del Koran.

Tanta era la gente de uno y otro campo que no podía contarse, y la retaguardia, compuesta de la muchedumbre reclutada en todas las regiones del Magreb, cubría llanos y montañas.

Al despuntar el día y al teñirse las nubes con los reflejos de oro y grana del sol nascente, D. Diego Lopez de Haro dijo:

—Ave, María.

Y luego, volviéndose á los de la vanguardia que mandaba, exclamó, extendiendo el brazo:

—Allí están, y el empezar á nosotros toca. ¡Santiago y cierra España!

Metió espuelas á su caballo, y seguido de los suyos, que lanzaban el grito de guerra, acometió á los voluntarios musulmanes, que llegaban á 170,000.

—Nubes de langosta parecen los

cristianos, dijo un caudillo almohade.

—El viento del desierto todo lo destruye. ¡Sople el viento del Sahara!

Y sopló y chocó con el viento del Norte, y ambos arrastraron los ejércitos y los envolvieron en sus furiosos remolinos; y hubo quién flaqueó, y huyó el que tremolaba el pendon de Madrid. Mas al verle el rey de Castilla, atajóle el paso lanza en ristre y le obligó á volver al punto del combate. La muchedumbre allegada en el Magreb no pudo resistir y desapareció como polvo barrido por la tempestad.

—Más dura es aquella roca, dijo Martin Halaja al rey de Castilla, de cuyo lado no se separaba, señalando á los almohades.

—Verás cómo rueda á nuestro empuje.

El pastor vió á los cristianos caer sobre los almohades, pero vió tambien que los caballeros cubiertos de hierro no podían romper sus apretadas filas, y á medida de los gritos animándose al combate, aumentaba la resistencia. Martin Halaja clavaba las uñas en su palo y miraba al rey, preguntándole con los ojos si era llegado el momento de dar su vida por Dios y la patria: el pastor se estremeció de ira al ver que los cristianos cejaban. En aquel momento los combatientes rugían como ruge la tempestad.

—¡Señor rey! ¡Señor rey! murmuró Halaja.

Más D. Alfonso había vuelto la cabeza, y dirigiéndose á D. Rodrigo de Toledo, exclamó:

—¡Arzobispo, arzobispo! ¡Yo é vos aquí muramos.

—Non quiera Dios que aquí muredes, contestó el prelado; ántes aquí habedes de triunfar de los enemigos.

—Pues vayamos aprisa, dijo el rey, á acorrer á los de la primera haz, que están en grande afiecamiento.

—Nin en la color, nin en la fabla, nin en el continente, mudanza hay en el rey, pensó el obispo.

D. Alfonso espolea el corcel, rechazando á Fernan García que quiere detenerle, y tras él vuelan prelados y el canónigo de Toledo, D. Domingo Pascual, que tremola el pendon del arzobispo, y le siguen sus mesnadas, y se oye un grito, parecido á un trueno, el *¡Desperta ferro!* de los almogávares, al que contesta el clamor de guerra de castellanos, leoneses y navarros. El huracan del combate troncha, desgaja, aniquila; el polvo, encendido, y convertido en oro por los rayos de un sol de fuego, envuelve á los combatientes. Los andaluces vuelven bridas; los almohades, alarabes y demás tribus berberiscas que sostienen todo el peso de la arremetida, desmayan y huyen.

Los cuarenta mil negros del emir forman una muralla alrededor de su tienda, ante la cual se estrellan los cristianos.

—¡Barreras más altas ha dejado atrás mi caballo de batalla! dice el rey de Navarra.

Lanza el corcel sobre los etíopes y el noble bruto atraviesa de un salto el negro muro humano, mientras Don Sancho siega á su alrededor como siega la guadaña de la muerte; y por el boquete que dejan abierto los que caen para no levantarse más, se lan-



zan los navarros como torrente desbordado que todo lo asola. D. Alvar Nuñez de Lara se abre paso por otro lado; y catalanes y aragoneses, revolviendo sus caballos, que ofrecen sus ferradas ancas al acero africano, descargan tajos al revés y completan la victoria.

Un árabe, montado en una yegua, penetró en la roja tienda del rey

verde, que seguía leyendo el Koran.

—Príncipe de los diegentes, exclama, ¿hasta cuándo permanecerás aquí sentado? Los decretos de Dios han sido ya cumplidos y los musulmanes perecen.

Alnasir quiso montar su caballo, pero el árabe bajóse de su yegua.

—Móntala, que sabe sacar siempre con bien al hombre que en ella cabalga, y quizás Dios te librára, que en tu vida consiste la felicidad de todos.

Huyeron, pero 200,000 musulmanes quedaron en el campo de batalla.

—Arzobispo, exclamó D. Alfonso, razón teniais al decirme que habíamos de triunfar de los enemigos.

—No olvideis, le contestó el prelado, que la gracia de Dios ha suplido todo lo que en vos faltaba y os ha levantado del oprobio en que yaciais por la rota de Alarcos. No olvideis tampoco que debéis al brazo de vuestros guerreros la gloria que en este momento os rodea.

—Demos gracias á Dios.

El arzobispo y cinco obispos más entonaron en seguida el *Te-Deum*, á que con fervor religioso contestó el ejército entero.

IV.

—Martin, dijo el almogavar al pastor, gran victoria ha sido esta. Más de 500,000 eran los musulmanes ¡Quién habia de decirnos, cuando hace pocos días estábamos encerrados en-

tre rocas, que hoy ocuparíamos sus tiendas y su campamento caería en nuestro poder con sus inmensas riquezas! Á Roma se envía la tienda del emir, y el rey de Navarra conserva las cadenas que la rodeaban y que bien ganadas tiene. Ya no se atreverán á hacer algaradas por nuestras tierras, y día llegará en que les

arrojaremos al otro lado del mar. Gran victoria, Martín, y tú en ella tienes principal parte.

—Á Dios se debe nuestro triunfo, contestó el pastor. ¡Bendito sea por haberme permitido ver desplegado y triunfante en estas montañas el estandarte de la Cruz!

TEODORO BARÓ.

EL MEJOR MAESTRO.

Nace el niño á la existencia
é, ignorante del destino,
vé de su vida el camino
con infantil impaciencia
Todo lo quiere saber,
en todo marcar su huella
y en su mente se atropella
cuanto alcanza el niño á ver.
Ansia de aprender le inflama
lo que en el mundo se encierra,
que es para el niño la tierra
bellísimo panorama.
Cerca de él por todas partes
seducen su inteligencia
las conquistas de la ciencia,
las bellezas de las artes.
Y en opuestas direcciones
ve pasar continuamente
turba infinita de gente
movida por sus pasiones;
ya entregada á la alegría,
ya dando al dolor tributo;
aquí la miseria y luto;
allá procaz osadía.
Sombra y luz, fausto y pobreza,
cuadros que en constante afán
siempre fijos se verán
en nuestra naturaleza....
Con el lábio balbuciente
y curioso con exceso
pregunta entónces:—«¿Qué es eso?

¿ Por qué se agita esa gente ?
¿ Qué pasa ? ¿ Qué ocurre allí ?
¿ Quién hizo lo que me asombra ?
¿ Cómo este objeto se nombra ?
¿ Quién puso este afán en mí ?
¿ Por qué, si busco, no encuentro ?
¿ Qué produce ese ruido ?
Lo que es hoy ¿ antes qué ha sido ?
¿ Qué tiene ese objeto dentro ? »

.
Tanto preguntar prolijo
solo una madre remedia,
que es yiviente enciclopedia
que de dudas saca á un hijo.
Dulce y sencilla lección
á todos nos va instruyendo,
y así vamos aprendiendo
á usar de nuestra razón.
Y como la madre cuida
de fijar nuestros progresos
con sus lecciones y besos
en la ciencia de la vida,
á la vez que el corazón
va amorosa alimentando,
poco á poco nos va dando
nuestra primera instrucción.
Bendita la profesora
que mas al niño conviene,
¡ dichoso del que aún la tiene !
¡ infeliz del que la llora !

M. OSSORIO Y BERNARD.

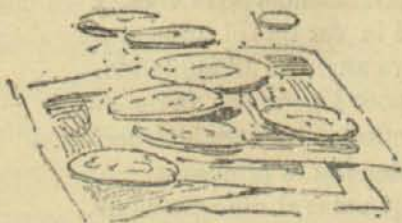
AVENTURAS DE PERIQUITO.

(Conclusion).

CELEBRÁRONSE la Inocencia y la suficiencia y las bodas duraron muchos días.... y la pobre niña vió bien pronto las orejas al lobo, comprendiendo tarde, pero bien, que se las había con un pedazo de bárbaro; sometiéndose al martirio y entre tanto el tío pagó algunas deudas de ultramarinos, que eran las más apremiantes; y á los pocos



días de andar en coche por los paseos, vestida de terciopelo, cubierta de sendas pieles, y adornada la cabeza con un chambergo, cuya sola pluma costaba quinientos francos, debió quedarse en su habitación y ceder sus trajes, sus joyas y sus galas que maldito si valían la millonésima parte de lo que costaban á otras personas, y de



cuenta en cuenta y de puñado en puñado, y de baile en baile, fué mermando de tal

modo el peculio de nuestro héroe que ya debió desenvainar las letras de cambio á la vista, que tenía de respeto, y aun recurrir más tarde al crédito de un padre *cursi* de quien abusara tan indignamente!

IV.

Periquito esclavo.

Si: positivamente: así quedó y peor todavía; «cantando gana y pierde el sacristán» y mondo y lirondo salió un día Periquito de un lugar en donde sirve de pradera verde un tapete, de rebaño los escudos, y de víboras las figuras de un libro sin cubiertas, que no está tan descosido como los que para mal de sus pecados le leen; allí, en el *garito*, para hablar en plata (ó mejor en plomo) perdió el último ochavo Periquito; no me entenece esto, no, y tal vez, aún me alegrara, si otra víctima no expiara ese nuevo Waterlío.

¡Pobre princesita! tan pequeña como era, de ojos tan azules y cabellera rubia como un velo de oro! tenía una cabeza angelical; y sus manecitas blancas, delicadas y tersas como el alabastro se juntaban muchas veces cruzándose los dedos..... señal



triste en una mujer tímida y afligida por un Mefistófeles doméstico.

¡Ay! entónces llegó, hijos míos, el mo-

mento de los reproches, de los gritos, del llanto, de.....

¿No os decía yo que las travesuras de niño traen cola? ¿Si? pues contad con que esa cola es la del mismísimo diablo, y me quedo corto.

El tío palatino estuvo mejor inspirado al arrancar de manos de Perico la víctima inocente de su codicia y del capricho del tiranuelo; y no os diré lo que pasó en este lance para no entristeceros.



V.

Periquito más esclavo.

En la cárcel, por sus deudas, después de haber arrastrado algún tiempo la vida

más miserable, así le encontró un amigo de los que nada le habían pedido antes pero que se presentó en la hora negra del infortunio: Dios le enviaba.

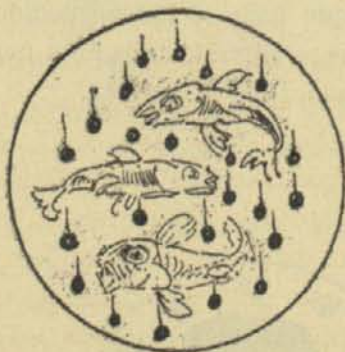


¡Cómo cambian las cosas de este mundo! Antes, cuando el oro corría, los amigos vo-

laban; ahora, que cada escudo se había convertido en hoja seca, no se veía un

amigo de los de antes para un remedio, y el que acudió, precisamente nada debía á Periquito.

Allí permaneció nuestro Perico soñando en la risueña casa de sus padres, en los juguetes de la abuelita, en los correteos por la dehesa y los sotos, y en las cacerías de gorriones; allí estaba, echando de menos á sus deudos, pensando en la mujercita á quien tan inicuamente engañara y que, todo amor por él, cedió cuanto poseía á la primera indicación de su indigno esposo: el dolor como el hambre aguzan la imaginación y refrescan la memoria; así vió pasar Periquito ante las suyas toda su vida en los pormenores más nímios, y lloró tanto por sus pecados mayúsculos, como por las faltillas más comunes! ¡qué más si hasta los blancos cadáveres de los pececitos del estanque se le aparecieron con los más negros colores!



El amigo, que sin duda se llamaba *Gratis*, se encargó de reconciliarle con su familia: y al efecto salió un día para conferenciar con los padres de Periquito; y al fin, tras no pocas dificultades y disgustos, pudo emprender con él el camino de la casa paterna.

¡Ay hijos míos! yo no sé, no sé, ni sabré nunca contar ciertos casos! Hay escenas que no se explican porque no se pue-

de: cuando Periquito llegó á su casa hecho una Magdalena, parecióle que su corazón



se aligeraba de un peso enorme; el naufrago que llega á verse en salvo conoce ese



sentimiento en toda su inmensidad.

El buen padre no se prestó desde luego á recibir á su hijo arrepentido, pero la

mamá y la abuelita suplicaron tanto, que al fin se ablandó.

Abrazáronse padre é hijo y permanecieron en silencio por largo rato, silencio lleno de reproches por un lado y de protestas de arrepentimiento por otro, que traducían los ojos por imposibilidad de las lenguas.

Cuando estuvieron todos más tranquilizados, el padre tomó la palabra para decir poco más ó menos, lo que sigue, y que yo grabaría con letras de fuego en la memoria de todos los *chicos* grandes y pequeños buenos y malos, que todos lo han menester.

—«Pedro, como has vuelto arrepentido, te perdono en nombre del Dios, que perdonó á sus atormentadores: has sido para mí un verdadero y merecido castigo,

ya que por demasiada blandura dejé pasar los chispazos del incendio que ha estado á punto de consumirte; te entregué ya tu parte y por consiguiente nada te debo: en adelante trabajarás para vivir y sabrás lo que cuesta ganar una peseta; pero no creas que al castigar tu orgullo sea demasiado cruel: he de premiar tu arrepentimiento, y para ello te devolveré el ángel de inocencia á quien has maltratado y que aguarda cerca de aquí el momento de reunirse contigo; es una mujer que no merecías; pero Dios dispone las cosas con tan infinita sabiduría que á ti, como á Job, te devuelve más de lo que habías perdido, y te dá por mi mediación en lugar de la riqueza y el orgullo, la personificación viva de la *virtud y el amor*.

EL QUE MAL EMPIEZA MAL ACABA.

(Conclusion.)

El papá de los niños era severo en demasía cuando se incomodaba, porque siempre para ello le sobraba razón y justicia; así es, que Luisito se puso á pensar todo esto, y al mismo tiempo á temblar, temiendo alguna cosa peor que ir á pedir perdón al tío Anton, que, aunque bruto, era para los niños cariñoso y bueno, y que de todos modos no se libraría de tener que hacerlo, sobre el castigo que el rígido padre le impusiera, por lo que se resignó á obedecer á su mamá. Cuando volvió, cumplida la maternal sentencia, su amorosa mamá le acogió bondadosamente. Luisito, entre avergonzado y arrepentido, murmuró.—Si Andrés lo supiera se burlaría de mí; que no lo sepa, que no lo sepa.

—Que lo sepa, repuso la excelente madre, estrechando cariñosamente á su hijo entre sus brazos, que lo sepa, hijo mío, y aprende que la burla y el desprecio de los malos es aplauso y honor para los buenos.

Algunos días despues, la bondadosa señora tuvo un gran pesar. Luisito fué llevado del colegio con la cabeza herida; el director dijo que en la hora de juego había tropezado en el jardín, había caído, hiriéndose contra una piedra. La mamá no quedó muy convencida con esta explicación, y cuando el niño estuvo mejor, se propuso averiguar lo cierto.

—Hijo mío, le dijo, ¿cómo te has dado ese golpe? Cuéntamelo, sin mentir, piénsalo bien para no equivocarte. ¿Con qué te has herido?

—Con una piedra, es muy cierto.

—Bien, lo creo, pero es preciso saber si tú llegaste á la piedra, que estaba en tierra, ó si á ti llegó la piedra, que iba por el aire; me temo que ha sido esto último; en los colegios no faltan nunca niños pendeñeros y tú habrás reñido con alguno.

El niño no contestó.

—Veo con disgusto que no me equivoco, que á pesar de mis recomendaciones me causas un pesar, veo que no quieres á tu mamá, y ella tendrá que dejar de quererte y sus caricias serán todas para Anita, que no miente, ni se pelea, ni hace cosas feas.

—No, mamá mia, quíereme á mí también, que yo todo te lo contaré, todo lo que ha pasado. Mira, Andrés riñó con dos niños y les hizo mucho daño.

—¿Y tú eres uno de ellos?

—No, yo fui á ponerme á su lado porque estaba solo, y me tiraron una piedra, diciendo que era una almendra para el discípulo de Andrés. Él, entonces, se echó sobre ellos y les mordió, golpeó y les hizo mucha sangre. Con los dos pudo, y los venció, diciendo que á él no se le llamaba...

—¿No se le llamaba qué?

—Una cosa muy fea que no quiero decir. Fué porque á uno de ellos le había quitado Andrés, sin que lo notara, un relojito de plata que su papá le había regalado, porque salió sobresaliente en los exámenes.

—Entonces, debió llamarle *ladron*. ¿Fué eso lo que le dijo?

—Sí, mamá.

—¿Y es cierto que se le quitó?

—Sí, pero como no se le pudo encontrar, él lo negó.

—¿Pues dónde le había ocultado? tú lo sabrás.

—Muy liado en su pañuelo, me lo había metido en el bolsillo de mi blusa y me había dicho que era una cosa secreta, que me guardara de mirarla, porque si la veía sin permiso suyo, tendría que acordarme de él; yo no lo miré, pero cuando me estaban curando, estaba quieto y callado y oí, *tic, tac, tic, tac...* Enseguida pasó Andrés junto á mí, metió la mano, sin que yo lo notara, en mi bolsillo, y se le llevó.

La buena señora quedó pensativa.

—¿En qué estás pensando, mamita? ¿Crees que miento? ¿No me vas á querer?

—Te querré si eres bueno y obediente.

Pasaron algunos días ántes que el niño estuviera completamente curado de su herida.

Se acercaban las vacaciones; acabadas éstas, el niño no volvió á su antiguo colegio, ingresó como interno en otro mucho mejor; así lo habían resuelto sus buenos padres, para apartarle de aquel amigo peligroso, que empezaba su vida por la senda de los vicios, y que, á juicio de ellos, podrían aumentarse en vez de corregirse.

Trascurrieron cuatro años; Luisito tenía buenos amigos y excelentes profesores, estimulado por el ejemplo de sus compañeros, se había hecho aplicado, y era de los más adelantados; ya era casi un hombrecito.

Un día, que iba de paseo con los compañeros, sintió que le tocaban en el hombro; se volvió y vió un jóven de unos quince años.

—¿No te acuerdas de mí, le dijo, ó es que me guardas rencor porque estaba al lado del que te tiró la piedra?

—Es que no te había conocido.

—¿Y no sabes qué ha sido de tu amigo Andrés?

—No he vuelto á verle desde aquel día.

—Lo suponía, porque tu papá dijo al director que te quitaba de allí, porque no creía conveniente que estuvieras al lado de Andrés, que prometía ser un malvado.

Luis, que ya tenía bastante reflexion, recordó todo lo malo que había hecho por consejo ó instigacion de su pervertido amigo, y se avergonzó.

—Ya se habrá hecho mejor, dijo á su compañero; ahora estudiará.

—Inocente Luis, los niños que hacen lo que Andrés, son cada vez peores, y lo último que ha hecho...

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido?

—Hace dos ó tres días huyó de su casa, despues de robar á sus padres unos cuantos miles de duros. Dejó una carta diciendole que no le buscaran, porque todo sería inútil, que pronto estaría lejos de España.

Luisito suspiró con cierta satisfaccion: había recordado el robo de la pera, y el perdón obtenido por su sincero arrepentimiento; bien pudiera haber sucedido que él cayera también en el abismo, si el amor, los consejos y los cuidados de su excelente madre no le hubiesen salvado á tiempo; en aquel momento hubiera querido estar á su lado para arrojarse en sus brazos y colmarla de caricias. Aún, en su ignorancia de niño, adivinaba algo horrible de la vida del crimen, y mucho de la inmensa dicha de la vida honrada y tranquila, recogido en el santo hogar de la familia.

La primera vez que Luis vió á su mamá y á su hermana, les contó lo que había sabido de Andrés. La buena señora se estremeció, pensando el peligro que había

corrido su querido hijo al lado de aquella criatura tan malvada.

Cuando el niño se despidió de su familia para volver al colegio, su papá le dió una peseta para que comprara dulces.

—Que la gaste Anita en lo que quiera, dijo, rechazando la moneda; yo tengo todo lo que deseo; además, no la quiero porque has dicho muchas veces que el dinero es un gran peligro para los niños, que les hace interesados y ambiciosos, ó despilfarrados y viciosos; esto le ha sucedido á Andrés; no lo olvidaré nunca.

Su padre abrazó al niño tiernamente; lo cierto era que el dinero había sido ofrecido al niño con toda intencion.

Anita y su mamá le hicieron mil caricias.

—¡Hijo de mi alma! dijo la buena señora, no olvides tampoco que llevas un tesoro mío, un tesoro de cariño.

—Otro te dejó yo, mamá mía, repuso el niño, volviendo á dar á su adorada madre otro beso más por despedida.

Corrieron los años, Luis que había seguido la carrera de leyes, recibió la investidura de doctor.

Entre las causas de pobres que llegaron á sus manos para que él, como nuevo abogado, las defendiera, encontró una que le hizo estremecer. Grandes crímenes acusaba, desde la falsificacion hasta el secuestro y el homicidio.

Aquel gran criminal se llamaba Andrés Rodríguez.

ANTONIO MARIA.

Barcelona 18 Enero de 1883

SECCION DE DESARROLLO INTELECTUAL.

PROBLEMAS.

(7) La copiosa y extraordinaria nevada que cayó sobre nuestra ciudad, y que ha dado tema á las conversaciones de todo el mes en los círculos de la capital, pues son pocas las personas que recuerdan haber visto otra que se le parezca, aún las que alcanzaron la notable de 1853, ha hecho nacer entre varios amiguitos el deseo de averiguar los metros cúbicos de nieve que habrán caído en el término de Barcelona, su peso, y la cantidad de agua que para el riego de los campos representa.

Para ello suponen que nuestro término está formado por unos diez kilómetros de largo y cinco de ancho; que la capa que los ha cubierto, según los cálculos oficiales, ha tenido de espesor un decímetro; y por último, que la nieve caída tenía aproximadamente la mitad de la densidad del agua, siendo, por consiguiente, el metro cúbico de nieve la mitad en líquido y en peso del agua.

¿Con que, cuánta nieve nos ha caído, qué peso en quintales castellanos tenía, y qué litros de agua representa?

(8) ¿Si se vendiera esta nieve á 0.75 rs. la arroba castellana, qué podría valer?

(9) En su jardín tiene Eloisa un estanque.

Pepito y Maria, sus primitos, fueron ayer á visitarla, halláronlo llenito hasta los bordes y se empeñaron en encontrar los litros de agua que en él caben.

Pepito lleva casi siempre un metro en el bolsillo, y dijo á las niñas que con él solo iba al momento á averiguarlo.

Hizo sus cálculos el niño, y en un pe-

riqueute midió la longitud que era de 5 $\frac{1}{2}$ metros y la anchura que era de 4. Pero lo hondo, como el estanque no estaba vacío, no podía medirlo ni calcularlo.

El niño iba y venía, daba vueltas al estanque, pero nada. Su hermana y su prima empezaban á dudar que lograrse su objeto, y le dirigían provocadoras sonrisas y significativas miradas: pero Pepito no es de esos que se aturden ante el obstáculo.

Busca un hilo, ata una china, échalo con cuidado verticalmente en diferentes sitios del estanque, mide después el hilo sumergido y halla que la profundidad es exactamente de 2 y $\frac{1}{2}$ metros.

Coge enseguida el lápiz, hace unos cálculos y dice á su prima y á su hermana: Señoritas, el cálculo está hecho y ya sé los litros de agua que contiene el estanque; pero para castigar á las burloncitas, que dudaban del éxito, no os diré cuantos son.

La que quiera saberlo, averigüelo por sí, y diga: ¿cuántos litros son?

PROBLEMA BOTÁNICO.

¿Qué planta puede en la economía doméstica ser confundida con el PEREJIL?

¿Qué inconvenientes y qué daños podría originar esta confusión?

PREGUNTAS.

¿En qué se parecen los martillos á los tontos?

¿Cuál es la altura más prominente de la tierra?

¿En qué se parecen las posadas á la Luna?

A. ANGUIZ.

Imprenta de Jaime Jopps, pasaje Fortuny (antigua Universidad)